

## *El desdén a la autoridad*

*Todos los hombres desean por naturaleza saber*, afirma Aristóteles en su *Metafísica* (980a), y en la *Retórica* (1371a) considera que la mayoría de las veces es agradable aprender y admirar, puesto que lo admirable es deseable.

Cuando se admira a alguien o algo, se ven, se contemplan y se juzgan con especial estima sus cualidades extraordinarias y sobresalientes, que llaman la atención por su singularidad y peculiaridad. Precisamente, el amor al saber debe su origen a la admiración, cuyo opuesto es el desprecio. He padecido el desdén de muchos alumnos hacia la filosofía y, por ende, a mi persona. También es cierto que he disfrutado del interés y fascinación de algunos alumnos que, en general, brillaban por su excelencia en el resto de asignaturas. Lo lamentable es que nuestro sistema educativo fomenta el menosprecio, abandono y repulsión hacia el aprender y el saber, ya que se fundamenta en una trasnochada pedagogía que es ajena al esfuerzo y la disciplina.

Su majestad el alumno es una suerte de intocable a lo *Elliot Ness*. Forjados en la comodidad, adolescentes sin criterio ni voluntad dirigen el ritmo del quehacer educativo en el aula. Todo su vigor y energía es empleado no sólo en conseguir el aprobado sin dificultad, sino también en divertirse sin piedad. Con el chupete de la facilidad succionan dulces e inmerecidos aprobados para engrosar el timo de un pastel estadístico que “progresan adecuadamente”. Sin abrir siquiera el libro de texto, muchos deambulan de un curso a otro, olvidándose de que todo lo fácil carece de valor.

Leyes educativas basadas en la motivación y en chorradas *pseudopsicológicas* amparan este despropósito en el ejercicio de la docencia. La generación *ni...ni...* (ni estudio ni trabajo) es el último engendro social, que revela el desatino, la burla y el cinismo de la política educativa española. Siempre a la cola del informe PISA, España enarbola la bandera de la tolerancia y flexibilidad hacia los alumnos conflictivos, que *ni* estudian *ni* dejan aprender a sus sufridos colegas de pupitre. Embarazados hace años de monstruos de la permisividad, han parido el *bulling*, el *burn out* y otras pesadillas que habitan en el pavor de sus compañeros y en la labor del denostado y humillado profesor.

Desautorizado el profesor, disciplina moral e intelectual brillan por su ausencia. Cual Sísifo, el profesor carga con una piedra educativa que absorbe todo su ánimo y energía, porque no le asiste la autoridad, el principio esencial para otorgar dignidad a la enseñanza. Eliminada la autoridad, el desprestigio se instala con holgura. La tradicional *autoritas* anda vagando por los fondos de la mente del profesorado y no verá la luz si no regresa la autoridad arrebatada por esos cenutrios gobernantes, que han ideado un descerebrado sistema educativo enamorado y cautivado por, de momento, cuatro millones de parados.

Los adultos padecemos un gobierno entusiasmado por la prohibición. Los jóvenes disfrutan de leyes que babeen carta blanca, licencia, aquiescencia y potestad para cada uno de sus caprichos, deslices, estupideces y barbaridades. La ley del menor es prima hermana de la LOE, que es la madre del desdén a la autoridad en el aula y cuya abuela, la LOGSE, descansa en su infumable ideario.

Montserrat Bartolomé  
Soria, 11 de enero de 2010